



ASIGNATURA: Ciencias Sociales

GRADO: octavo

DOCENTE: Juan Sebastián León Palacios

TIEMPO DE DESARROLLO: SEMANAS DEL 21 AL 31 DE Julio DEL 2020 EL DESARROLLO SE ENVIARÁ AL CORREO: jsleomp@hotmail.com O NÚMERO DE WHATSAPP -----

AL FINALIZAR EL DESARROLLO DE ESTA GUÍA APRENDERAS: los eventos base que dieron origen al territorio de Colombia; introducción inicial al contexto contemporáneo del país

CONTEXTO MOTIVACIONAL

¿Los eventos del siglo XIX en Colombia influyen en el contexto cotidiano del país?

¿En el pasado vivimos alguna pandemia?

¿El conocimiento brindado por la actual escuela es relevante en este periodo de crisis mundial?

CRITERIOS DE VALORACIÓN: el desarrollo de las actividades será abordado desde una perspectiva de proceso y no de resultado. Elaborar las actividades en el cuaderno, ordenadamente y siguiendo los puntos de la guía te asegura una valoración óptima. Los tiempos (semana de desarrollo) no serán dificultad o impedimento para la obtención de una valoración favorable.

CONTENIDO A DESARROLLAR:

LA DESGRACIADA PATRIA BOBA

SEGUNDA PARTE

(recordemos y contextualicemos el origen de lo procesos independentistas en América)

LA PROPIEDAD Y EL PROTOCOLO

Con los indios era otra cosa: los naturales que, según el jurista Torres, no eran nada. Pero todavía les quedaba algo de su antigua tierra. Así que la primera medida de la nueva Junta consistió en abolir los resguardos de propiedad colectiva, dividiendo sus tierras en pequeñísimas parcelas individuales (media fanegada) con el pretexto de igualar sus derechos económicos con los de los criollos; pero lo que con ello se buscaba y se logró fue que fuera fácil comprarles sus tierras, insuficientes pero ya enajenables, para convertirlos en peones de las haciendas. Los derechos políticos, en cambio, se les siguieron negando: se pospuso darles el sufragio y la representación “hasta que hayan adquirido las luces necesarias” (pero no se les abrieron los centros educativos para que las recibieran).

Las demás decisiones de las nuevas autoridades tocaron puntos de protocolo, como el importantísimo de saber cómo debían dirigirse entre sí: no ya Chepe ni Pacho, como se conocían desde la infancia, sino “señoría” los unos a los otros, “excelencia” al presidente, y, al Congreso en su conjunto, “alteza serenísima”. O el fundamental asunto de los nombramientos burocráticos: los grados militares de coronel o general, relacionados con el número de peones de sus haciendas respectivas, los sueldos, y los cargos vacantes del abandonado Tribunal de Cuentas o de la Real Administración de Correos. En cinco años hubo once presidentes o dictadores o regentes en Santafé. Todos querían ser presidentes: los abogados, los comerciantes, los hacendados, los canónigos, que

eran todos los mismos. Y cada cual, como los virreyes de antes, llegaba con su cola de clientes y parientes. Hasta el populista Nariño puso a dos de sus tíos a representar en su nombre los intereses del pueblo, cuando se fue a guerrear con los realistas en el sur del país. Por lo demás, celebraciones: se dedicaron, literalmente, a lo que el refrán llama “bailar sobre el volcán”. Escribe un contemporáneo: “Bajo el gobierno benévolo de don Jorge Tadeo Lozano los bailes y las diversiones eran frecuentes...”.



"Los bailes y las diversiones eran frecuentes"

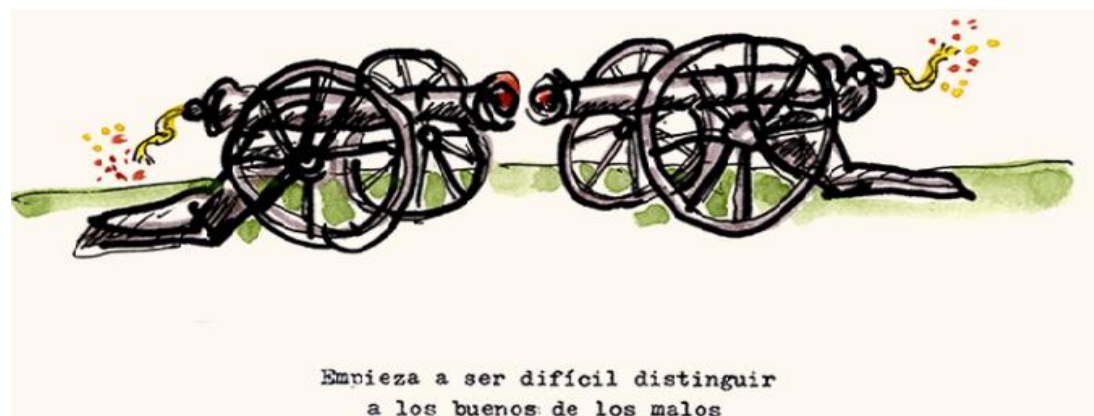
Pero ese incesto de grupo iba a ser también una orgía de sangre fratricida, en un enredo de todos contra todos difícilmente resumible. La guerra social que se veía venir tomó formas territoriales a la sombra del caos de España: el Virreinato se disolvió en veinte regiones y ciudades, controladas cada una por su respectivo patriciado local en pugna casi siempre con un partido popular más radical en su proyecto independentista. De un lado, la “plebe insolente”, y la “gente decente” del otro: únicas clases en que se dividían los americanos (sobre la exclusión de los indios casi extintos y de los negros esclavos). En Cartagena los comerciantes locales no veían sino ventajas en su ruptura con España: el comercio libre con las colonias o excolonias inglesas. Así que fue la primera importante ciudad neogranadina (tras Mompós y la venezolana Caracas) que declaró su independencia absoluta. En Santafé Antonio Nariño, de vuelta de la cárcel de la Inquisición, tomó la cabeza del partido popular de Carbonell, con lo cual fue elegido presidente en sustitución del bailarín Lozano. Y proclamó también la independencia total, alegando el pretexto leguleyo y cositero de que el rey Fernando VII no había aceptado el asilo que Cundinamarca le había ofrecido en 1811. No hay constancia de que en su palaciega prisión francesa el monarca derrocado se hubiera percatado del reproche.

(Cundinamarca: el nombre había sido inventado para la ocasión sobre una etimología quechua, y no chibcha, que significaba “tierra de cóndores”: aunque postizo, sonaba en todo caso menos estruendosamente hispánico que el Santa Fé de la Nueva Granada del conquistador Jiménez de Quesada).

Cada provincia y casi cada ciudad siguió el ejemplo centrífugo, declarando su independencia no sólo de la metrópoli ultramarina sino de la capital del Virreinato. Pamplona, Tunja, Vélez, Antioquia, Mariquita. Sogamoso que se desgajó de Tunja, Mompós que se separó de Cartagena, Ibagué que se divorció de Mariquita, Cali que se alzó contra Popayán. Cada cual se proveyó de su propia constitución: inspirada según los gustos ora en la de los Estados Unidos, ora en

alguna de las varias que para entonces se había dado Francia, ora en la recién estrenada —pero nunca aplicada— Constitución liberal de Cádiz en España. Y cada cual se dotó de su correspondiente ejército, costado con impuestos extraordinarios. Y para amortizarlos, todas pasaron de inmediato a hacerse la guerra las unas a las otras.

LAS GUERRAS CIVILES



Empezó Santafé, desde donde Nariño insistía en imponer el centralismo con el argumento de que era necesario para someter la resistencia realista española, que dominaba en Popayán y en Pasto, en Panamá, en media Venezuela, y en el poderoso Virreinato del Perú. En Tunja, el presidente del recién integrado Congreso de las Provincias Unidas, Camilo Torres, respondió atacando a Cundinamarca. La guerra se declaraba siempre con fundamentos jurídicos: el uno alegaba que lo del dictador Nariño en Cundinamarca era una “usurpación”; el otro que lo del presidente Torres en Tunja era “una tiranía autorizada por la ley”. A veces ganaba el uno, a veces el otro, al azar de las batallas y de las traiciones. Dejando a un tío suyo en la presidencia, Nariño emprendió la conquista del sur realista, yendo de victoria en victoria hasta que fue derrotado en Pasto y enviado preso a España, en cuyas mazmorras pasaría los siguientes seis años.

Torres desde Tunja envió entonces un ejército a conquistar Santafé, comandado por un joven general que había sido sucesivamente vencedor, derrotado, luego asombrosamente victorioso y nuevamente batido en las guerras de Venezuela: el caraqueño Simón Bolívar. La ciudad rechazó su ataque con una vigorosa excomunión del arzobispo, y saludó su fácil victoria con el habitual tedeum de acción de gracias. Y por otra parte, continuaba en el sur —en el Cauca, en la provincia de Quito— y en el norte —en Santa Marta, en Maracaibo— la lucha entre realistas y patriotas. De manera que las hostilidades eran múltiples: sin hablar de las tropas españolas propiamente dichas, que no eran muy numerosas, estaban entre los americanos los partidarios de España, llamados realistas o godos, y los partidarios de la independencia, llamados patriotas; y los centralistas, también llamados pateadores, que combatían con los federalistas, o carracos, los cuales también combatían entre sí: Cartagena contra Mompós, Quibdó contra Nóvita, El Socorro contra Tunja.

ÁREA Ciencias Sociales

Era un caos indescriptible. Los jefes se insultaban en privado y en público, en memoriales y periódicos, llamándose pícaros, inmorales, traidores, ladrones y asesinos. Los oficiales cambiaban de bando por razones de familia, o de ascensos y aumentos de sueldo prometidos por el adversario. Los generales improvisados se irritaban en vísperas de la batalla, cuando algún edecán les avisaba que el enemigo estaba cerca: “Diga usted que aguarden un poco, que estoy almorzando”. Las tropas saqueaban los pueblos. Los soldados, reclutados a la fuerza, desertaban en cuanto podían. Desde su periódico el Sabio Caldas se disculpaba ante la historia: “Todas las naciones tienen su infancia y su época de estupidez y de barbarie. Nosotros acabamos de nacer...”.



Un caos indescriptible, bien descrito sin embargo en sus memorias y bien pintado en sus cuadros por el soldado José María Espinosa, abanderado del ejército de Nariño: “Mil detonaciones, los silbidos de las balas, las nubes de humo que impiden la vista y casi asfixian, los toques de corneta y el continuo redoblar de los tambores”. Los quejidos de los agonizantes, los relinchos de los caballos moribundos, el tronar de los cañonazos, las granizadas de la fusilería que Espinosa distingue entre “lejanas y cercanas”, menos letales, curiosamente, éstas que aquéllas. Todos trataban por todos los medios y con todas las excusas de matarse entre sí. Subraya las matanzas Espinosa cuando dicta sus memorias cincuenta años después, diciendo: “No hay duda de que la República estaba entonces en el noviciado del arte en que hoy es profesora consumada. Tal vez por eso la llamaban Patria Boba”.

A los supervivientes de la bobería los fusilaría pocos años más tarde la Reconquista española, sin distinguos de matiz, ni de ideología, ni de origen geográfico o posición de clase; y todos pasarían sin distinguos a ser considerados próceres de la República.

LA RECONQUISTA

Pero en Europa empezaba a caer la estrella fugaz de Napoleón, que por quince años había sido árbitro y dueño de Europa. Expulsadas de España las tropas francesas volvía el rey “Deseado”, Fernando VII, que de inmediato repudiaba la Constitución liberal de Cádiz de 1812 y restablecía el absolutismo. Y España, arruinada por la guerra de su propia independencia, recuerda entonces que el oro viene de América, y decide financiar la reconquista de sus colonias enviando, para comenzar, un gran ejército expedicionario mandado por un soldado profesional hecho en la guerra contra Napoleón: el general Pablo Morillo. Más

de diez mil hombres, de los cuales 369 eran músicos: trompetas para las victorias, redobles de tambor para las ejecuciones capitales.



Fernando VII de España
"El Deseado"

Morillo venía con instrucciones de “actuar con benevolencia”. Y así lo hizo al desembarcar en la isla Margarita, en la costa de Venezuela, en abril de 1815, perdonando a los rebeldes venezolanos para tener que arrepentirse después. La ciudad de Caracas lo recibió con guirnaldas de flores y banderas de España, decididamente realista desde la derrota de Francisco Miranda en 1812, y aún

más desde la de Simón Bolívar tras su pasajera recuperación de 1814: porque los años que la Nueva Granada había pasado enzarzada en sus guerritas de campanario, en Venezuela habían sido los de la Guerra a Muerte entre realistas y patriotas. (Y aquí cabría, pero no cabe, aunque vendrá más tarde, un breve bosquejo de la parte venezolana de estas primeras guerras de la Independencia neogranadina y luego colombiana. O grancolombiana). De ahí pasó Morillo con su ejército por mar a Santa Marta, fielmente realista también, y empantanada en su propia pequeña guerra con la independentista Cartagena, en la cual, a su vez, las corrientes políticas locales se disputaban agriamente el gobierno.

Morillo puso sitio a la ciudad: un largo y riguroso asedio de 105 días que iba a ser el episodio más trágico y terrible de la Reconquista española, y el más mortífero de parte y parte. Más que por los combates en tierra y agua, que fueron constantes y cruentos durante esos tres meses en la complicadísima orografía de la ciudad, sus bahías, lagunas, ciénagas y caños, por las enfermedades tropicales para los sitiadores europeos y por el hambre para los sitiados cartageneros. Las tropas españolas de Morillo, como había sucedido ochenta años antes con las inglesas del almirante Vernon, fueron víctimas del paludismo, la fiebre amarilla o vómito negro, la disentería, la gangrena provocada por picaduras de insectos, y una epidemia de viruela, y tuvieron más de tres mil bajas: un tercio del ejército. Sometida al bloqueo, la ciudad perdió un tercio de sus habitantes —seis mil de dieciséis mil— a causa de la hambruna y de la peste. Comían, cuenta un superviviente, “burros, caballos, gatos, perros, ratas y cueros asados”. Cuando al cabo de muchas peripecias bélicas y políticas, incluyendo un golpe de Estado interno y la fuga de unas dos mil personas, la ciudad se rindió por fin, los sitiadores no encontraron en ella “hombres, sino esqueletos”. O, como escribió un oficial español, “llanto y desolación”.



El Pacificador Morillo

Cayó la imperial ciudad amurallada, que desde lejos el Libertador Bolívar calificó de “heroica” (seis meses antes, tras chocar con las autoridades locales, Bolívar había salido de Cartagena rumbo a Jamaica; y aunque derrotado una vez más, ya recibía el título de Libertador desde su Campaña Admirable de 1813, que restauró efímeramente la república en Venezuela. Y que veremos después: porque todo no cabe en este párrafo). Cayó la ciudad, y con ella la Nueva Granada, pues en adelante la campaña de Morillo fue un paseo militar. Un paseo

sin combates, pero puntuado de víctimas. Tras la toma de Cartagena hubo fusilamientos en el pueblo de Bocachica, pero en realidad la justicia expeditiva de Morillo, ya conocido como el Pacificador, se concentró en los principales cabecillas de la revolución: los después llamados “nueve mártires”, a quienes un Consejo de Guerra condenó “a la pena de ser ahorcados y confiscados sus bienes por haber cometido el delito de alta traición”. No fueron ahorcados, sin embargo, sino fusilados en las afueras de la muralla y arrojados a una fosa común.

En la capital del Virreinato el Pacificador fue recibido sin resistencia. Por el contrario, un selecto comité de elegantes damas santafereñas salió a recibirlo a la entrada de la ciudad: no les hizo caso. Arcos triunfales lo esperaban en las calles: los ignoró. No perdió tiempo en saludos ni discursos, sino que procedió a ordenar la detención de todos los dirigentes de la Patria Boba y su juicio expeditivo por un Consejo de Guerra. Su intención era decapitar la rebeldía, y estaba convencido de que las masas populares americanas no formaban parte de ella, sino que habían sido arrastradas a la revolución por unos pocos jefes. Tan seguro estaba de que su tarea pacificadora iba a durar pocos meses que en cuanto hubo conquistado Cartagena escribió a España solicitando el permiso del rey para casarse con una jovencita gaditana de buena familia, y lo hizo por poderes, en Cádiz. No imaginaba que no podría volver a verla sino seis años más tarde. Al regresar a Venezuela, que empezaba otra vez a levantarse en armas, dejó en Santafé instalado como restaurado virrey al militar Juan Sámano, que levantó los cadalsos del llamado Régimen del Terror, que iba a durar exactamente tres años, tres meses y tres días.

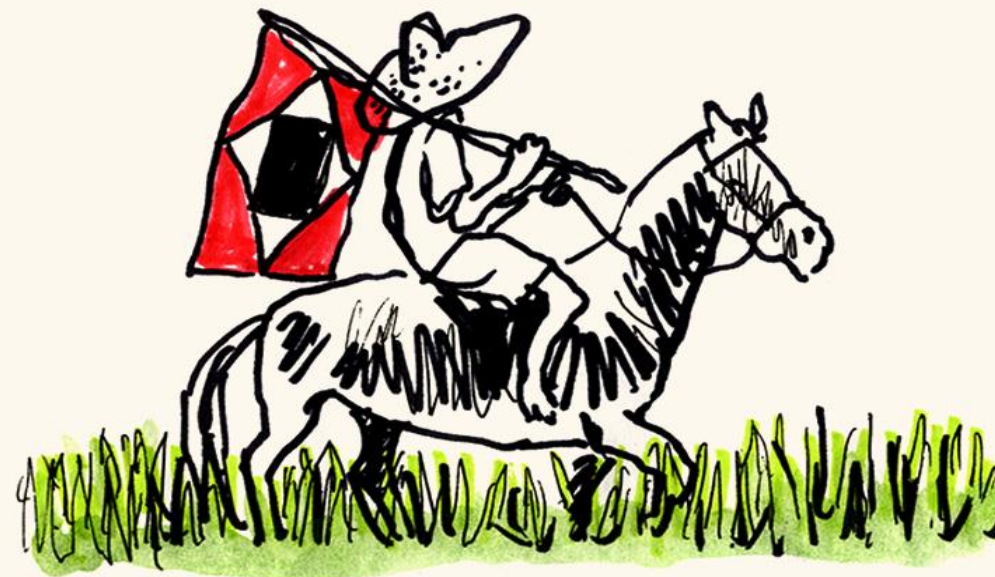


Morillo trajo a Sámano,
que trajo los patíbulos

En la Nueva Granada, desfallecida y entregada, no quedaba sino la resistencia suicida de los restos del ejército de Nariño en el sur, y las tropas que huyen hacia los Llanos con el coronel abogado Francisco de Paula Santander, para encontrarse con las del guerrillero llanero José Antonio Páez. El agua y el aceite. Se necesitará la presencia de Bolívar para sacar provecho de los dos para la revolución que recomenzaría. Pero Bolívar anda por el Caribe, de isla en isla, redactando cartas y publicando manifiestos retóricos y proféticos y levantando ejércitos expedicionarios y novias: la ayuda del presidente Pétiou de Haití, la señorita venezolana Josefina Machado. Cuando llegue a los Llanos empezará otro capítulo de la Independencia, para el cual ha quedado sembrada en Venezuela la bandera de la Guerra a Muerte. La clavó Bolívar en su Campaña Admirable de 1813, con la proclama de Trujillo avalada por el Congreso de la Nueva Granada:

“Españoles y canarios: contad con la muerte aun siendo indiferentes si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos: contad con la vida aun cuando seáis culpables”.

La historia se repite, dice Marx: la primera vez en forma de tragedia y la segunda en forma de farsa. Aquí fue al revés: la Patria Boba fue un sainete que se repitió como tragedia unos años después, cuando vino la Guerra Grande. Aunque quizás sea más trágica la farsa de la primera parte, porque a la tragedia le agrega su parte de inanidad.



La bandera de la Guerra a Muerte

Tomado de “**Historia de Colombia y sus oligarquías (1498 - 2017)**”, por *Antonio Caballero*, Capítulo 5: la Desgraciada Patria Boba”

INDICACIONES GENERALES PARA EL DESARROLLO DE LAS ACTIVIDADES

Las actividades deben desarrollarse en el respectivo cuaderno de la asignatura. Se debe escribir como título el número de taller, la asignatura y enviar al correo electrónico (con esta misma información) por medio de fotos. La retroalimentación será general y simple; las fotos presentan una gran dificultad de lectura, por ende y guardando el principio de igualdad, la retroalimentación será general y unísona para todos los educandos.

ACTIVIDADES

1. Leemos detenidamente y en repetidas ocasiones de ser necesario "contenido a desarrollar".
2. Elaboramos un comic o historieta haciendo uso de los diferentes personajes y eventos mencionados (3-4 páginas)
3. ¿Cree usted que los eventos de la Patria Boba se reflejan en la actualidad del país?, de algunos ejemplos (1 pagina).

No debe enviarse el desarrollo antes del 7 de julio.

Se recibirá la actividad en el correo: jsleonp@hotmail.com, especificar número de taller y asignatura.

El presente taller tiene un desarrollo estimado de 8-14 horas de trabajo.

Recomiendo desarrollarlo por partes y con calma.